

VER, OÍR Y VIAJAR

Cuaderno de lecturas

Julián Rodríguez

Años antes de morir, Julián Rodríguez seleccionó —«para guardar»— algunos fragmentos del dietario que iba publicando en Facebook. Las correspondientes a 2018 y 2019, año de su muerte, han aparecido en el volumen, Diario de un editor con perro, al cuidado de Martín López-Vega y dentro de la colección «La Gaveta» de la Editora Regional de Extremadura. Los textos que ofrecemos aquí son anteriores y no están incluidos en ese libro. Julián fue colaborador de Clarín desde los primeros números.

«La vejez del higo es una ancianidad dichosa. Mira cómo envejece, resistiendo el sol y las inclemencias sobre el cañizo. Tiene más para dar que cuando estaba lozano y cuajado de rocío. Sufre resignadamente el asedio de las abejas que quieren extraerle lo que tiene: dicha».

El texto es de Cristóbal Serra, uno de esos «raros» a los que he dedicado muchas horas de lectura (y luego de reflexión) desde adolescente. Cuando pude, conseguí las primeras ediciones de sus libros antiguos. Quizá no lo hubiera hecho por otros autores más famosos. En realidad, mi biblioteca está poblada de muchos escritores «a destiempo». Del siglo XIII o del XVIII, escriban en la lengua que escriban, se llamen Westphalen, Cingria o Serra. Aún espero el día en que se convierta en bestseller uno de mis libros raros más amados: la *Guía de los perplejos* de Maimónides, otro español «fuera de sitio».

★

«A veces, nuestra existencia nos pesa. Nos gustaría liberarnos, aunque solo fuera por un instante, de las necesidades que esta conlleva. Darnos, en cierto modo, unas vacaciones de nosotros mismos para recobrar el aliento, para descansar».

De este modo arranca *Desaparecer de sí*, de David Le Breton (Siruela). El subtítulo, ‘Una tentación contemporánea’, es elocuente. Uno ha «discutido» con los textos de Le Breton desde hace años, a veces incluso contra esa, digamos, facilidad en el decir. Pero siempre vuelve a la conversación. La cita de Michaux que abre el libro la tenemos grabada a fuego desde no sé cuándo: «Quien no

acepta este mundo no levanta una casa en él». La cita sigue, pero la lección ya está en las primeras palabras.

★

Otros echarán de menos los bulevares, los cafés y eso que banalmente llaman chic en los editoriales de moda que ya no son chic, pero yo echo de menos cada poco (así que he de volver enseguida, ya) los *fautrier* del Museo de Arte Moderno de la Villa de París, la luz cenital (cierta o falsa) que los ilumina, el dorado del atardecer al salir en otoño de esas dos salas, dejando atrás, pero no «abandonando», las pequeñas pinturas y esculturas (donadas por el propio artista), tan sin tiempo.

★

«Las vísperas resuenan las campanas más allá de los campos. Dicen a mi corazón que nadie en el mundo llega nunca a encontrar su patria bienaventurada: que apenas uno sale de la tierra vuelve a la tierra. Este eco de las campanas hace nacer en mí un pensamiento: estamos todos en camino hacia la eternidad». Es uno de los «fragmentos póstumos» de Nietzsche, y lo trae a colación Paolo D’lorio en un capítulo ejemplar de su ensayo *El viaje de Nietzsche a Sorrento. Una travesía crucial hacia el espíritu libre*, que publicó Gedisa hace nada. Otoño de 1876 es la fecha, el filósofo viaja invitado por su amiga Malwida von Meysenburg (ah, sus cartas). Primer gran viaje al Sur... Por ese capítulo (titulado ‘El valor de las cosas humanas’) pasean Byron, Schiller,

Leopardi, Schopenhauer, Heine... Este último dijo: «En otoño, el sonido de las campanas es aún más serio». Al comenzar a leer hoy este ensayo he recordado mi propio viaje a Sorrento en autobús. Hace también siglos.

★

Albert Einstein, el 25 de abril de 1929, declara a *The New York Times*: «Creo en el Dios de Spinoza, que se revela en la armonía del mundo, no en un Dios que dirige el destino y los actos de la humanidad».

★

«No obres como si fueras a vivir mil años; obra como si el fin estuviera muy cerca».

(Marco Aurelio)

★

Borroso. Como algunos recuerdos. El-artista-mítico-menos-famoso-del-mundo: Blinky Palermo, muerto con poco más de treinta años y cuyo nombre era otro (en realidad —niño adoptado— tuvo dos apellidos antes). Antecedente de mucho de lo que hoy pasa por nuevo, solo en él fue nuevo, alérgico a los compartimentos estancos y a las marcas y a las clasificaciones. Murió (1977) en las Maldivas «misteriosamente»... después de acabar su gran obra «para la gente de la ciudad de Nueva York», adonde se había trasladado no mucho antes. Era alemán, fue alumno y amigo de Joseph Beuys, había sido hermano gemelo de un desconocido que también le influyó. Como una pop star, vivió para el sexo, las drogas y el rock and roll. Borroso, sí. Uno de los mejores artistas de este tiempo sin tiempo. Algún día alguien en algún lugar escribirá su novela.

★

He soñado con un zorro que me hablaba en un calvero del bosque sobre algunos días del pasado y también sobre el futuro. Y he recordado la línea de Yukio Mishima en *El pabellón de oro*: «Nosotros quedamos como hechizados por los sortilegios del zorro». Pero el animal de mi sueño parecía de buen corazón y me aconsejaba cabalmente (al menos, en apariencia), y no era el kitsune de poder malé-

fico «que despliega mil astucias y confunde el espíritu». Aunque según el propio Mishima, a veces se empleaba la expresión «estar poseído por el zorro» para decir «perder la razón». Quizá estoy perdiendo la razón...

★

Ven.

Tenemos que hablar de nuestro amor.

Vamos a encontrar las palabras para eso.

(En los días cuyas jornadas de trabajo se alargan inmisericordemente, uno vuelve, cansado, a textos que ha leído decenas de veces para sentir su compañía. Como a *Esto es todo*, de Marguerite Duras... Se demora uno junto a sus palabras en el sofá, hasta que el libro se cae sobre el pecho, y se despierta a la mañana siguiente con el deseo de volver, al menos por un instante, a esas páginas. Un 27 de noviembre le preguntan a la autora: «¿Para qué sirve escribir?», y ella responde: «Es a la vez callarse y hablar».)

★

Los errores del pasado no te enseñaron lo suficiente como para no errar en el presente... Te dices que ya dejaste atrás la juventud —has cumplido cuarenta y tres—, pero sigues errando cada poco. Pides perdón en voz baja a alguien que está más allá de los espejos. Harás daño sin pretenderlo —de nuevo—; herirás. Actúas de un modo iluso —no cabe decirlo de otro modo—, y eres un hombre más tuerto que ciego: tu ojo sano se enamora de la belleza del mundo y es el culpable de que te engañes una y otra vez. Tu corazón fue misericordioso una vez y se apiadó de ti; solo una vez (...) Necesitas un orden en las cosas que ya no se te dará: has fracasado. Demasiado humano.

★

Jean Legrand nació en 1910, amaba el Surrealismo y el jazz, a Nietzsche y a Proust. Fue impresor, editor, inventor... Amigo de Claude Cahun, de René Crevel, de Henri Michaux, trató de cerca a Péret y a Bataille, editó algunos de sus textos. Gracias a Jean Paulhan y a Raymond Queneau publicó su primer libro en 1946, en Gallimard, principio de su singular carrera literaria. En los 50 se retiró a la región donde nació, en las inmediaciones de Montpellier. Murió en 1982. Todo un personaje, todo

un escritor. Como da fe esta obra bellísima: *Doble fuga de amor y muerte*. Siempre hemos leído a Legrand como si fuera un pariente, un antiguo pariente al que queremos volver a visitar una y otra vez.

★

Zúrich. Un centenario para Dadá. Cuando te alejas de los ecos de su celebración (así como de los espacios de Manifesta) y asciendes por la calle donde vivió, a cuenta del estado, Gottfried Keller, el escritor, comienzas de repente a viajar en el tiempo: ya no estás en 2016, ni en 1916, el tiempo de Dadá, incluso has dejado atrás los escaparates de los *antiquariats* con las primeras ediciones de Walser o Kubin a un precio sorprendentemente «asequible», la amabilidad de los librereros de viejo, los impresionantes jardines donde fuman cuando no hay clientes... Dejas atrás todo esto, e incluso un dibujo de Max Bill a un precio «de risa», y llegas a una casa del siglo XIII bellísima donde todo el arte y la literatura vistos durante las horas anteriores se empequeñecen ante cuatro pequeños objetos romanos del siglo primero. Humildes, quizá útiles aún, en un escaparate forrado con una arpillera quizá centenaria también, se exhiben con sus cartelas escritas a máquina. Nada más exquisito ni más provocador hoy que estas piezas hechas para la vida diaria de entonces.

★

«Tu corazón alcanzará la claridad cuando se derrita la nieve», dice un personaje de Max Frisch en *Sils Maria*. Él estuvo aquí. Thomas Mann estuvo aquí. Paul Celan estuvo aquí. Marcel Proust estuvo aquí. Herman Hesse estuvo aquí. Thomas Bernhard estuvo aquí. Robert Musil estuvo aquí. Karl Kraus estuvo aquí... Todos vinieron por la misma razón, por el mismo hombre.

★

Han traído más leña aunque han subido las temperaturas: 21 grados al mediodía. El sábado es para los montañeros de ciudad (milaneses sobre todo), así que he alquilado una barca para huir de ellos «nietzscheanamente». La primera que me ofreció el patrón se llamaba «Franco», y por motivos evidentes (que el buen hombre comprendió entre risas cuando le dije que no quería morir ahogado en el lago

de Sils cayendo desde una barca con ese nombre) la rechazé. En Isola se estaba bien. Compré un pequeño queso de cabra hecho allí mismo, en una cabaña, y enseguida la chica puso un cartel en la puerta de su casa: «Se ha acabado. Ya no quedan más. Has tenido suerte», dijo. Alberto Giacometti, que nació muy cerca de aquí, habla de la «isla de las cabras» en uno de sus diarios: había una foto suya vestido de fiesta en alguna celebración popular. 1958, dice el pie de foto. La cerveza era muy ligera, hecha con agua alpina. Me he puesto a leer las notas de Annemarie Schwarzenbach que hablan de este lugar casi tumbado en la barca, a la deriva.

★

Esta mañana me despertó un tractor que bajaba leña cortada del bosque. Al ir a comprar el pan he visto que la habían colocado no lejos de la antigua cantina de la estación. Han pasado solo dos trenes... El viento de esta madrugada era casi otoñal y anunciaba, precisamente, hogueras.

★

No hacía ni treinta grados. Por eso no me dio pereza pelar los pimientos asados aún calientes. A la hora de la siesta, en vez de dedicarle el tiempo al libro que tenía a medias, me ocupé en un par de cuartillas que algún día servirán para algo. Allí a la sombra se estaba francamente bien. No hacía falta refugiarse del calor como suele suceder en la ciudad durante estas fechas. (Podrás tomar medio vermut con tu medicación?)... Y los cubiertos dispuestos para el zurdo (yo mismo; ambidiestro en realidad a fuerza de la educación de aquellos años).

★

«Adoré lo que el tacto adoró. Lo sé como me sé» es uno de los versos de Francisco Brines que prefiero. Fue publicado en un libro de 1995, *La última costa*. El poema al que pertenece ese verso, «La despedida de la carne», es, claro, un poema de madurez. Alguien diría que hay algo en él incluso de acabamiento... Sin embargo, en la reciente antología de Brines que ha publicado Pre-Textos (*Jardín nublado*), los poemas inéditos, ya realmente de un poeta anciano (de la misma edad que mi padre), transmiten a veces tanta vida y entusiasmo por ella que dan ganas de que vuelva a ser (o parecer) eterna.



Unas ramas de la sierra sobrantes de otro jarrón han acabado hoy, sobre el mueble bar, en este de madera (dentro, un finísimo tubo de ensayo de cristal). Dos diseñadores que quizá nunca se conocieron en su época más «esplendorosa», los 50: un danés y un inglés, dialogan con sencillez junto a (o bajo) las florecillas humildes de la Sierra de Guadarrama. Hace frío fuera pero luce el sol. Si no fuera porque también hay que pensar en «el comercio y en la subsistencia» (Brecht dixit), el día sería más agradable. Las flores ponen su empeño en mejorarlo todo.



El tebeo más grande del mundo. No, mejor aún: la B. D., la *bande dessinée*. Seiscientos metros cuadrados de historia. ¿Su título? *El Hada Electricidad (La Fée Électricité)*.

Fue «dibujado» para el Pabellón de la Electricidad de la Exposición Universal de 1937 y no como un cómic, por supuesto, sino como «el cuadro más grande del mundo», un verdadero himno a la electricidad y a la vida moderna. La historia es sabida: tres asistentes, un gigantesco almacén vacío, doscientos cincuenta grandes paneles de contrachapado, un óleo ligerísimo y de secado ultra rápido concebido especialmente para este encargo, tinta china... Todo para presentar a más de cien personajes relacionados con el desarrollo de la electricidad: hombres, máquinas, fábricas y ciudades; con referentes clásicos como el *De rerum natura* de Lucrecio y «secuencias» verdaderamente bucólicas: las habituales bandadas de pájaros de los cuadros de Dufy lo sobrevuelan todo, del Olimpo a la Torre Eiffel.

Cuando entras en la sala (más cóncava que el espacio expositivo original y con una iluminación tan efectiva como efectista) del Museo de Arte Moderno de la Villa de París donde se instaló esta obra en 1964, entras también, literalmente, dentro de la pintura, y enseguida tienes la sensación de iniciar un viaje en el tiempo. Un gran pintor menor como Dufy logró con este cuadro lo mismo que había conseguido años antes un gran escritor menor (Borges no aceptaría este calificativo, por supuesto), H. G. Wells, con su novela sobre la máquina del tiempo.

Se dice que Dufy fue de todo, pero siempre «después»: postimpresionista, postfauvista, postcubista, aunque podría decirse que fue cezanniano y matissiano por encima de ese todo. Yo, no puedo escribirlo de otra manera, le tengo una simpatía especial. Me gustan sus xilografías (muy retro ya

entonces, y muy acertadas, las que hizo para el Bestiario de Apollinaire, que lo llevaron a colaborar con el modisto Paul Poiret), me gustan sus dibujos a lápiz en formatos mínimos, me gustan (siempre esa levedad) sus obritas de Dauville o sus retratos familiares o sus *vedute* de algunas calles de París, me gusta lo que hizo en el mundo de la decoración... Y sí, era un grandísimo ilustrador.

Como hombre sensible y de gusto, poco antes de morir pidió a su secretario que abriera las cortinas de su cuarto para ver los Alpes. Fue lo último que hizo.



El limonero de Madrid ofrece ya nuevos brotes. Como el lilo de Cáceres.

Salgo a la terraza a admirarlo, salgo al patio a admirarlo.

Viven en un quinto y en un bajo. Son dos árboles pequeños y, quizá a causa de nuestras podas, no muy elegantes. Aunque sí hermosos. Con esa armonía que tienen todas las cosas irregulares que hay en la naturaleza.

El lilo da flores blancas; el limonero, limones pequeños y muy amarillos. Ambos ofrecen su olor o su fruto y exigen poco. Van envejeciendo, como yo, pero, por el contrario, parecen más jóvenes a cada estación que pasa: su color, su esplendor son más jóvenes.

Están expuestos a las inclemencias del tiempo todo el año. Al calor seco, a los inviernos duros. Son árboles continentales, aunque se encuentren en el extremo de ese continente.

Compiten en belleza con las grandes plantas de interior, que coleccionamos, casi, como fotografías.

Los riega el agua de lluvia buena parte del año, aunque llueva poco.

Exigen mucho menos que nosotros.



En su *Diario de un exquisito*, publicado póstumamente, Pierre Drieu La Rochelle lo mismo se atreve con un «Jeanne tiene huesos admirables» que se «desliza hacia la soledad y el alejamiento de las cosas y los seres, y si no hacia el encanto místico, al menos sí hacia la contemplación intelectual»... Para huir de la vida y cortejar a la muerte, como dice con sus propias palabras. De hecho, se suicidó en 1945. Durante la Ocupación, había colaborado en París con los nazis («solo intelectualmente»), lo salvan algunos de sus exé-

getas, pero...) y había aceptado la dirección de la mítica *Nouvelle Revue Française*. Amaba la Grecia clásica y un lujo muy particular, no reñido con el buen gusto.

★

Fuimos muy temprano al Parque del Casino de la Reina a que Zama «socializara» con otros perros, luego subimos por Embajadores para despachar con Paca sobre asuntos de la editorial; me hizo un zumo de naranja, Willy le dio a Zama unos panecillos y esta le hizo unas fiestas (todos felices), luego se puso a jugar con un nosequé de madera y plástico y en veinte segundos dejó k.o. el juguetero. Estuvimos el tiempo suficiente para aclarar algunos asuntos y poner en marcha otros, salimos hacia Tirso de Molina y en los puestos de flores compré un ramo para la galería y otro más variado para casa. En el mercado de la calle Santa Isabel, junto a la Filmoteca, en el pescadero que da a la calle, compré un poco de esto y lo otro y pedí también una ramita de perejil para hacer una salsa. Dejé las flores de la galería al pasar por Doctor Fourquet, Zama iba deteniéndose para olisquear a todos los perros del mundo, saludando con parsimonia, el tiempo entero para ella. Más tarde corregí ferros de uno de los libros que ya están en la imprenta, hice unas llamadas de la galería, recibí otras, concerté una visita de un coleccionista, preparé un pequeño dossier de fotografías «berlinesas» de Jorge Ribalta y Manolo Laguillo para unos alemanes que visitarán nuestro stand durante ARCO. Al fin puse a Rostropovich tocando con su violoncello algunas de la piezas más emocionantes de Bach, me hice un té blanco, leí un poco a Claude Roy para «cambiar de registro», disolví una de esas pastillas de potasio en agua, miré las flores en el jarrón, subí la música un poco más.

★

Belleza de otro tiempo. Desde niño dedico parte de mis días a los «saberes inútiles» (así los llamó alguien a mis veinte años). A estudiar, por ejemplo, culturas que a pocos interesan. A visitar lugares donde se conservan los restos de esa cultura olvidada. Belleza de otro tiempo, emociones actuales. He soñado con esta «escultura» esquimal (okvik) del siglo II antes de Cristo. Solo cuatro centímetros, una miniatura delicadísima, un rostro. Este noche la he recordado, he recordado dónde la vi, en qué viaje, con quién a mi lado. Llegada desde Alaska hasta Europa no sé cuándo. Inolvidable. La segunda cabeza, claro, es de Bran-

cusí, anterior a 1910, y me gusta su título: *La Muse endormie*. También es muy bella. Un «resto» de otro tipo.

★

«Qué corta es la distancia entre amante y verdugo», dice un verso de Henrik Nordbrandt

★

«Necesito pan y le ruego que me lo busque. Lo que usted puede hacer por mí, mi querida Anne, es enviarme lo más pronto posible un poco de pan. Pues corre prisa.» Antonin Artaud, *Cartas desde Rodez*.

★

En París, después de los atentados. A punto de subir al avión de vuelta. La noche del viernes, después de la jornada en la feria París Photo, tomaba un café cerca de la sala Bataclan, no muy lejos de mi alojamiento, en una terraza. De repente llegaron tres chicos con la ropa manchada de sangre, uno de ellos gritaba en inglés «creo que mis amigos están muertos». Llegaron unas chicas ensangrentadas pero huyeron, no se detuvieron apenas. Otros recién llegados gritaban «están disparando, huid, escondeos!». Detrás, un tropel de gente. Parecía que alguien los perseguía. Nos levantamos todos y el dueño del local dijo «arriba, al almacén». Subimos todos los clientes (aunque algunos salieron corriendo hacia no sé dónde) y el personal. Era una mezcla de almacén y vestuario, en un extremo un sofá casi reventado. Fui hasta una de las ventanas con un cocinero paquistaní y la abrimos, a pesar de que uno de los camareros decía: «fuera de ahí, cuidado con las balas perdidas». Llegó el primer coche de la policía, llevaban solo pistolas. Al poco llegó otro, con escopetas y un fusil de asalto. Estaban en la acera de enfrente. Sonaron disparos en la calle Oberkampf, apagamos las luces del café y del almacén. Llegó una ambulancia, sirenas por todas partes.

★

REGLA DE VIDA. No escuchar ni ver noticias al despertar, el saludo de Zama y sus primeros saltitos del día como para abrazarte, oler aquí y allá las plantas, las flores de la casa, poner música de hace siglos o, al menos, de hace décadas... Cuando incumplo la «regla» el día es siempre

peor... Lo primero que hice hoy fue coger unos pocos limones de la terraza. Es solo un arbolito, pero cada año se vuelve, al contrario que algunos humanos, más generoso. Mientras los arrancaba con cuidado y los dejaba en la mesa de la terraza, pensaba en este poema de Montale: «Los limones».



Así funciona el azar: después de la comida familiar me fui solo al Parque del Oeste a leer tumbado en la hierba (ya llegarán los días fríos). Estaba con un estupendo ensayo que me ha regalado su editor argentino, mi amigo Damián Tabarovsky, y llegaba ya al capítulo dedicado al beso erótico cuando, a pocos metros, se tumbaron también un chico y una chica (no más de veinte años cada uno) y comenzaron a besarse con pasión. Los miré un segundo y volví al texto, que parecía hablar de ellos. «El punto más alto del placer, concluye Patrizi en *Delfino o del beso*, es cuando la muchacha nos mete la lengua en la boca. Esto se debe a que, al succionar su lengua, uno se bebe sin darse cuenta el espíritu del otro.» Leí durante un rato más: del Renacimiento italiano a Egipto, del norte de Europa en el XVIII a los Estados Unidos del presente. Luego me levanté, subí a una terraza y pedí un vodkatonic... Ah, sí, el libro se titula *El sentido olvidado. Ensayos sobre el tacto*, de Pablo Maurette; y el prólogo, aún más brillante, es de otro amigo: el gran José Emilio Burucúa, que abre su texto (y abre, pues, el libro) con una cita de las *Etimologías* de San Isidoro: «Dos son las clases de tacto: una que procede del exterior, como cuando nos hieren, y otra que tiene su origen en el interior mismo del cuerpo». Acabo de enviarle un mensaje a Burucúa, que describe aquí *La joven ciega* del prerrafaelita Millais como nadie, hablándome ahora solo a mí, que he vuelto a tumbarme: «... percibe sin mediaciones la delicia de la naturaleza, el calor del sol en las mejillas, la suavidad pasajera de los tallos de hierba...».



«No hay cosa que más despierte que dormir sobre la muerte.» De niño, cuando vivía en la Sierra de Gata que ardió estas semanas pasadas en Extremadura, me impresionó esta frase, escrita con escoplo en la fachada de una

de las iglesias de la Sierra. Aquella pieza de granito del siglo XVII, ¿qué quería decir? Solo lo comprendí tiempo después. También tuvo que pasar el tiempo para prestarle la debida atención a otra frase de la misma época que campaba en la fachada: «Haz aquello que quisieras haber hecho cuando mueras». No olvidé la primera, pero decidí que la segunda era un buen lema para aprender a vivir.



He llevado una chincheta clavada en la suela de una zapatilla durante varios días. Lo he descubierto hoy mismo, al colocar el calzado pensando en las inminentes vacaciones. Acababa de «despejar» la mesilla de noche (ni lámpara, ni libro, ni vaso de agua y posavasos) para pasarle el plumero, así que he dejado la chincheta justo ahí, como una escultura minúscula en su peana. Hacía años que no encontraba una chincheta en un zapato, cuando en el pasado, pienso ahora, era algo habitual. No sé qué ha hecho exactamente la luz del sol, pero ha querido iluminarla unos minutos, y ha ido a posarse sobre ella mientras yo le hacía los coros a una canción de Morrissey.



La «anécdota» ha sido contada desde los dos bandos, y de distintas formas; aunque en lo esencial fue «así»: era enero o febrero de 1937, en las trincheras republicanas de la Ciudad Universitaria. Se trataba de que las fuerzas «nacionales» no entraran en Madrid... Una noche clara y fría, tras un intercambio de disparos, tras el recuento de heridos y muertos, y mientras todo quedaba en calma por unas horas, sonó aquella voz singular desde el lado republicano: un potente altavoz expandía esta canción a los cuatro vientos: «La Rosa» de los Álvarez Quintero grabada por El Niño Marchena... Luego, aquí y allá, se hizo un silencio emocionado.



Junio en el bosque, en la sierra de Guadarrama, apostada, camuflada, Zama esperaba el domingo a los ciervos... para jugar; es decir, para correr tras ellos unos centenares de metros en pleno bosque y luego darse la vuelta, feliz y cansada... Tres encuentros placenteros, tres largas carreras, tres ciervos libres. ■ ■